

# Históricas Digital

James Creelman

*Díaz, jerarca de México*

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)

Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México



## UN MÉXICO OPRIMIDO EXPERIMENTA CON LAS INSTITUCIONES ANGLOSAJONAS

Para entender de qué manera Díaz conformó una nación pacífica y próspera con el pueblo mexicano es bueno aplazar la historia de su juventud pintoresca, llena de emocionantes aventuras, y conocer un poco de los elementos humanos heterogéneos que fueron vaciados, comprimidos, aunque no fundidos ni asimilados, en el poco grato molde de la democracia, a causa de un patriotismo previo que olvida o es ajeno al hecho de que el autogobierno a la manera de los pueblos anglosajones es tanto un legado como un logro.

No sólo se hablan 55 lenguas autóctonas en la república actual, sino que aún están en pie las ruinas de miles de palacios, templos y fuertes cuyas historias ya habían quedado en el olvido cuando al descubrimiento de América le siguió la conquista española de México.

Tan sólo en la península de Yucatán, estas ruinas ricamente esculpidas y a menudo majestuosas, construidas por los mayas primitivos, incluyen más de 10 000, y quizá 100 000, estructuras de piedra labrada, la mayoría de las cuales representan una arquitectura de belleza noble y singular. Muchos de los templos, palacios y fuertes son edificios

de enorme tamaño y solidez. Algunos están situados en la cumbre de majestuosas pirámides truncadas. Estas ruinas imponentes, cinceladas antes de que en América se conocieran las herramientas metálicas —al menos sólo se han encontrado rastros de instrumentos de piedra dura— se extienden en cientos de millas de un país casi desolado. No eran más que las estructuras públicas de un pueblo cuyas chozas se hicieron polvo en la prehistoria. Se estima que la antigua población de la península de Yucatán pudo llegar a 20 000 000 de personas. Ahora hay menos de 400 000 habitantes, incluyendo a Campeche y Quintana Roo.

Esta península es apenas un catorceavo del territorio de la república mexicana, cuya superficie mide 767 259 millas cuadradas y es tan grande como el suelo combinado de Francia, Austria-Hungría, Inglaterra, Irlanda, Escocia, Italia, Holanda, Portugal y Bélgica. Sin embargo, las pruebas de una civilización antigua y muy desarrollada entre los mayas son tan vastas que intimidan al espectador. La fuerza y la riqueza imaginativa de estos monumentos de la cultura americana desaparecida desafían a las ruinas señoriales de Egipto, China o la India. La grandeza destruida de Chichén Itzá y Uxmal guarda un misterio más trágico que Delhi o Luxor. Es difícil entender por qué este maravilloso país no atrae a multitudes de viajeros estadounidenses a sus escenarios emocionantes de la civilización desaparecida.

No hay duda de que los mayas eran orientales. Sus rostros, cabezas y cuerpos, sus modales, costumbres y modo de pensar, al igual que sus maravillosas ruinas, evocan alternadamente a China, Corea, la India, Japón, Java y la Península Malaya.

Las ruinas inigualables de Mitla, que se yerguen con una belleza muda en el solitario valle de Oaxaca, en sus frescos borrosos, sus monolitos y muros de mosaico con piedras cortadas nos traen a la mente a los arquitectos del valle del Nilo. Las esculturas prehistóricas de Palenque, en Chiapas, la colosal pirámide de Cholula en el amplio valle de Puebla, donde Cortés y sus hombres armados vieron una ciudad con las torres de 400 templos y acto seguido dieron muerte a 6 000 de sus habitantes; las inmensas pirámides de San Juan Teotihuacan, cerca de la ciudad de México, con sus tesoros enterrados compuestos por jade verde tallado,

cuchillos de obsidiana, máscaras, cabezas de terracota y otros objetos primitivos, con diseños que sin duda recuerdan al Egipto de la primera época: desde la Sonora montañosa, en el noroeste, viajando 2 000 millas hasta las fronteras mismas de Guatemala, los restos increíbles de civilización que dejaron los mayas, zapotecos, toltecas, otomíes, chichimecos, totonacos, tlaxcaltecas y otros pueblos que construyeron ciudades con templos y palacios, y habían organizado gobiernos y religiones muchos siglos antes de que Europa descubriera América, todo atestigua el hecho de que la actual población indígena de México descende de razas y civilizaciones que llegaron de allende los mares.

La inmensa importancia de esto radica en que probablemente ochenta por ciento de los actuales habitantes oriundos de México son indígenas o mestizos. Hay distintas teorías respecto a las proporciones relativas de la sangre blanca e indígena en el país, pero no hay cifras confiables. El estimado del presidente Díaz arroja un veinte por ciento de sangre blanca pura en México. Los arqueólogos que se han pasado la vida estudiando las antiguas ruinas; los etnólogos que han analizado las características mentales, morales y físicas de las poblaciones vivas; los estadistas y estudiosos que han investigado y comparado sus tendencias y capacidades políticas; y los líderes religiosos que han probado sus interpretaciones e inclinaciones espirituales, todos admiten que el origen preciso de los indígenas mexicanos y la naturaleza de su viaje hasta América son misterios que sólo los soñadores o los charlatanes fingen resolver. Pero casi todas las autoridades concuerdan en que estos indígenas descenden de los orientales que construyeron las ruinas majestuosas que maravillan y a la vez impacientan a la arqueología: son el mayor misterio y el más fascinante de la historia de la humanidad.

Hay muchas, muchísimas indicaciones de que gran parte de los ancestros mexicanos llegaron de Asia. Se han encontrado miles y miles de objetos de jade verde en las ruinas, tan antiguos que incluso cuando los españoles entraron por la fuerza al país, los naturales no tenían tradiciones al respecto. En el valle de Oaxaca, no lejos de las ruinas de Mitla, encontraron pequeñas máscaras de jade mongolas, máscaras

mortuorias con rostros asiáticos maravillosamente talladas, —no invenciones bárbaras, sino retratos obvios y atractivos—, trabajados casi con la sutileza griega.

Ni un solo átomo de este jade se ha visto en estado natural en alguna parte del hemisferio americano, aunque ha servido de ornamento para los pueblos de China y otros países asiáticos durante miles de años. Durante 75 años, los arqueólogos y mineralogistas han explorado en vano las montañas y valles de México buscando depósitos de jade. No obstante, la presencia de máscaras, ídolos, animales, cuentas y otros adornos de jade en los palacios y templos más sagrados del antiguo México muestra que los americanos primitivos valoraban la piedra tanto como los asiáticos. ¿Cómo fue que el jade llegó a México antes de que Colón cruzara el Atlántico, si no venía del lejano Oriente?

No es muy importante saber cómo llegaron estas razas a América; por medio de un continente, o de islas que se hundieron en el océano o si cruzaron hacia Alaska o eran descendientes de grupos sucesivos que viajaron en barcos a los cuales las tormentas arrastraron por el océano; al menos eso ha sucedido en la historia que está documentada. Lo que parece casi irrefutable es que las masas de la nación mexicana son de raza oriental, que su sangre desciende de egipcios o indios, mongoles o malayos, coreanos o japoneses, o es una mezcla de todos o algunos de estos pueblos. La estupenda arquitectura que dejaron en suelo mexicano sus ancestros remotos tiene demasiadas semejanzas con el arte oriental como para ser simplemente accidentales. Además, no hay inicios rudimentarios o bárbaros de donde surgiera la arquitectura del México antiguo. Los constructores desaparecidos de las obras que dejan pasmado y emocionan al viajero de la actualidad debieron tener un conocimiento muy desarrollado de la arquitectura cuando llegaron a América.

Hay quienes afirman que todas las antiguas civilizaciones de América, desde Perú hasta México, son resultado de las conquistas mongolas; que, después de la derrota de un enorme ejército mongol que Kublai Kan mandó en barcos para conquistar Japón en el año 1284, una parte de las fuerzas derrotadas encontraron su camino cruzando el Océano Pacífico, se apoderaron de Perú, establecieron las dinastías incas y crearon una

nueva civilización. Dicen que los maravillosos toltecas, quienes antecieron a los aztecas en México, en el siglo sexto se vieron obligados a huir de sus casas en Mongolia, cerca del lago Baikal para escapar de las hordas montadas del despiadado Gran Kan turco que arrasó Asia. Los fugitivos no tuvieron otra alternativa para sobrevivir que un viaje desesperado cruzando los mares en busca de un nuevo territorio. Y los aztecas junto con las seis tribus que los acompañaron a América fueron las siete tribus mongolas que emigraron después de una de las batallas más sangrientas de la historia, que ocurrió en el año 1179.

Si bien esta explicación de las ruinas increíbles y las razas desconcertantes de México es en gran medida teórica, tiene mucho sustento en lo que se conoce de las leyes, costumbres, ceremoniales y monumentos de las civilizaciones americanas prehistóricas. Pero sea cual fuere la verdad, hay suficientes elementos para explicar al México de hoy con la certeza práctica de que las razas de tez morena y amarilla y sus mezclas, que forman cuando menos tres cuartas partes de la población de la república, descienden de las sangres orientales, para las cuales las instituciones políticas verdaderamente democráticas son ajenas, cuando no imposibles.

Estos pobladores eran caníbales cuando los españoles los encontraron. Hacían sacrificios humanos para sus dioses en todas partes y los sacerdotes comían las extremidades de las víctimas. Era común que los guerreros mexicanos se comieran a sus prisioneros. A lo largo del país, en todas las poblaciones, había cárceles que asemejaban jaulas donde hombres, mujeres y niños eran engordados con esmero para que resultaran más apetitosos y nutritivos cuando los mataran. Basta leer las muchas historias de la conquista de México para darse cuenta del atroz predominio de los sacrificios humanos y el canibalismo entre los pueblos civilizados que ya llevaban mucho tiempo viviendo en comunidades permanentes y cuyos descendientes, 300 años después, asumieron las amplias responsabilidades del gobierno democrático absoluto, experimento que incluso la nación mejor informada y más políticamente desarrollada del mundo no ha podido reivindicar por completo en la práctica.

Los más audaces entre los primeros estadistas que establecieron la civilización anglosajona en América no soñaban confiar su gobierno a

los sufragios de las tribus aborígenes estadounidenses, ni Washington, Hamilton o Jefferson sugirieron que a los indígenas se les diera derecho al voto como base para las instituciones libres de los Estados Unidos. No quiere decir que haya comparación entre los violentos nómadas bárbaros del norte y los descendientes gentiles y adorables de las antiguas civilizaciones mexicanas. Pero apenas unos cien años antes de que los primeros colonizadores de Nueva Inglaterra desembarcaran en Plymouth Rock, para preparar el camino del experimento más fabuloso y sincero de un gobierno democrático que haya intentado el hombre, los conquistadores españoles encontraron en todos los puntos de México altares chorreando de sangre humana y templos donde los muros estaban ennegrecidos por las manchas de los sacrificios.

Era igual en todas las regiones, una cadena de monarquías o cacicazgos teocráticos (aunque a los tlaxcaltecas los gobernaba una oligarquía elegida) y el gran imperio azteca, al mando de Moctezuma, prácticamente supremo en la gran meseta central; su capital estaba en medio de un valle inundado, 7 500 pies sobre el nivel del mar. A dondequiera que fueran los españoles encontraban frente a los muchos dioses del país corazones humanos recién extraídos de los cuerpos y a los numerosos sacerdotes dándose un festín con los restos de los sacrificios; nada de eso lo daban a las bestias salvajes.

Es posible que los pocos frívolos e ignorantes que intentan comparar el gobierno de México con el de los Estados Unidos, porque sus leyes orgánicas concuerdan, puedan encontrar una aclaración al analizar que siete séptimos de la población de estos últimos pertenecen a las razas europeas blancas y desarrolladas, en tanto que más de las tres cuartas partes de los ciudadanos mexicanos descienden total o parcialmente de los pueblos de piel morena que vivían en ese país cuando Cortés los invadió. No es tema de comparación sino de contraste. Lo extraño es que, después de 300 años de mal gobierno español y cincuenta años de salvajes guerras civiles, aun el estadista más dedicado y hábil haya hecho de México una nación de paz y progreso.

Quienes critican las políticas mediante las cuales el presidente Díaz salvó a su pueblo de los extremos desmoralizadores de una democracia

meramente imaginativa, persiguiendo con firmeza los objetivos de la democracia en vez de venerar sus fórmulas, harían bien en recordar la descripción hecha por Bernal Díaz, uno de los conquistadores que acompañaron a Cortés, del imponente *teocalli* o templo, que el derrotado emperador azteca mostrara al dirigente español. Ayuda a comprender a las masas que llevaban zarape e iban descalzas, cuyos antepasados dieron paso a las condiciones e ideales representados por el gobierno de Moctezuma y los suyos hace menos de 400 años:

Sobre cada uno de estos basamentos había una figura gigantesca y gorda; la situada a la derecha representaba al dios de la guerra, Huitzilopochtli. Este ídolo era de cara ancha, con ojos deformes de mirada iracunda y todo cubierto de joyas, oro y perlas. Asimismo, recubiertas de oro y piedras preciosas, grandes serpientes se enroscaban en el cuerpo de este monstruo, que en una mano llevaba un arco y un manojo de flechas en la otra [...]. Alrededor del cuello de Huitzilopochtli había figuras que representaban caras y corazones humanos hechos de oro y plata, decorados con piedras azules. Frente a él se encontraban varios recipientes con copal, el incienso con el que los aborígenes producían un humo aromático; los corazones de tres indígenas sacrificados ese día se quemaban hasta consumirse a manera de ofrenda. Las paredes y todo el piso del adoratorio casi habían ennegrecido con la sangre humana, siendo repugnante el hedor.

A la izquierda había otra figura del mismo tamaño que la de Huitzilopochtli. Su rostro se asemejaba mucho al de un oso, con ojos brillantes hechos de *tetzcat*, un material tipo espejo utilizado en la zona. Al igual que su hermano Huitzilopochtli, este ídolo de nombre Tetzcatlipuca estaba totalmente cubierto de piedras preciosas. Éste era el dios de los infiernos y se hacía cargo de las almas de mexicanos difuntos. Rodeaba su cuerpo un círculo de figuras cuyo aspecto era de pequeños diablillos, con cola de serpiente. Las paredes y el suelo que circundaban a este ídolo también estaban manchados de sangre y la fetidez era peor que en un matadero his-



pano. Ese día había cinco corazones de los indios que sacrificaron en su honor. En la parte superior de este templo había otro adoratorio [...] otro ídolo, mitad hombre mitad lagarto, completamente cubierto de piedras preciosas [...] Ya olvidé su nombre, aunque no así el hecho de que todo estaba manchado de sangre y el hedor era tan desagradable que no pudimos permanecer allí durante un largo rato [...] Esta terraza estaba llena de diversos objetos de aspecto diabólico: trompetas grandes y pequeñas, enormes cuchillos usados para los sacrificios y corazones quemados de los indios a los que habían sacrificado; se observaba sangre coagulada desparramada por todas partes, algo insoportable a la vista y aterrorizante [...].

Cerca de esta misma puerta había otras figuras parecidas a diablos y serpientes, y no lejos de allí, un altar con una costra de sangre ya ennegrecida y otra parte derramada hacía poco. En un edificio contiguo percibimos numerosos platos y vasijas de diferentes formas, llenas de agua y que servían para cocinar la carne de los infortunados seres que habían sido sacrificados y de la cual comían los sacerdotes. Cerca del altar se observaban varios puñales y tajos de madera parecidos a los que utilizan nuestros carniceros para cortar la carne [...].

Junto a este templo había otro, con incontables cráneos y huesos humanos apilados, aunque por separado. Este lugar también tenía sus correspondientes ídolos y en todos estos templos vimos sacerdotes ataviados con capas negras largas, las cuales tenían capuchas como las usadas por los miembros de coros y frailes dominicos. Llevaban las orejas perforadas y el cabello largo se apelmazaba con la sangre coagulada.

Esta escena de sacrificio humano y canibalismo, presidida por el Moctezuma imperial, estaba a corta distancia del lugar donde Porfirio Díaz durante treinta años ha forjado la paz, la fuerza y el progreso en una nación que ahora honran y en la que confían por todas partes entre los hombres civilizados. Fue en ese mismo año, cuando a Lutero lo juzgaron en Worms ante Carlos V, que aventureros protegidos con casco y coraza

estaban derribando los altares, destruyendo los ídolos y quemando los archivos y la literatura del antiguo México.

En el año 1493, unos cuantos meses después de que Colón descubriera América, el papa Alejandro VI dividió todas las regiones desconocidas de la Tierra entre España y Portugal. Los reyes de estos dos países habían peleado por los nuevos territorios trasatlánticos y habían recurrido a la Santa Sede para dirimir sus reivindicaciones. El papa trazó una línea en el mapa de norte a sur, unas cien leguas al occidente de las islas Azores y —por ser una época en que significaba la muerte negar que la Tierra era plana y sólo de un lado de ella había pobladores— expidió una bula declarando que todos los territorios descubiertos al oriente de esta línea pertenecerían a los portugueses, mientras que todo lo situado al occidente de la misma correspondería a los españoles.

Fue una etapa donde el intenso sentimiento religioso se mezclaba con una manía general por la aventura y la gloria militar. Desde las cruzadas, todas las expediciones de exploración europeas habían partido en nombre de la religión. El papa era el “padre de los reyes” y el único que podía conceder a una nación cristiana el derecho sobre los nuevos países. Así fue como los espléndidos aventureros de España desenvainaron sus espadas en nombre de Cristo y de la Iglesia, por más que pudieran impulsarlos la codicia por el oro y la gloria.

Inflamado con ese espíritu, Diego de Velásquez, capitán general de Cuba, envió a Hernán Cortés, quien conquistó México para España con una expedición armada en febrero de 1519 para difundir el cristianismo entre los habitantes de la América continental, adonde había llegado previamente su sobrino, Juan de Grijalva, quien recordó los rumores sobre los maravillosos tesoros que poseían los infieles que adoraban ídolos.

Cuando a Cortés lo nombraron capitán de esta aventura inolvidable compró por el equivalente a miles de dólares una magnífica vestidura de gala con una pesada cola de oro y sacó un estandarte de terciopelo negro bordado en oro con el escudo de armas de España sobre una cruz escarlata rodeada por llamas azules y blancas, y con las palabras en latín: “Amigos, sigamos la cruz y bajo este signo, si tenemos fe, conquistaremos”. Después, al son de tambores y trompetas, anunció que

todos aquellos que se le unieran en la conquista habrían de tener participación en los territorios, el oro, plata y joyas que pudieran obtener en los nuevos países. Reunió una fuerza de entre 500 y 600 hombres con armadura, incluidos los mosqueteros y arqueros, dieciséis caballos y algo de artillería.

Existen pocas cosas en la historia comparables a la historia de la sangrienta conquista de México hecha por Cortés. Cuando llegó al sitio de la actual ciudad de Veracruz renunció al cargo que le había dado Velásquez e hizo que sus seguidores lo eligieran capitán general y presidente del tribunal. A partir de entonces, una vez que destruyó sus naves, avanzó hacia el imperio de Moctezuma, espada en mano y con el nombre de Cristo y de la Iglesia siempre en los labios. El fogonazo y el estruendo de su cañón, la visión de sus caballos —animales que los indígenas no conocían—, el aterrador poder ofensivo de sus hombres, la grandiosidad de sus pretensiones, convencieron a muchos de los supersticiosos habitantes de que Cortés había aparecido entre ellos para cumplir la antigua profecía que hizo un dios-hombre blanco, Quetzalcóatl, que otrora los gobernara. Moctezuma le envió embajadores, quienes le obsequiaron artículos de oro y plata del tamaño de una rueda de carreta; un casco lleno de granos de oro puro; treinta patos de oro; oro con formas de leones, tigres, perros y monos; diez cadenas de oro con relicarios; un arco y doce flechas de oro; y toda suerte de adornos y prendas maravillosamente trabajados. En nombre de su soberano, rogaban a los españoles que no se le acercaran. Una y otra vez, el emperador azteca mandó procesiones de hombres cargados de regalos para ponerlos a los pies de Cortés. El altanero conquistador respondió que él venía en nombre del máximo monarca del mundo y que su misión era terminar con los sacrificios humanos y la adoración a los ídolos, y para darles a conocer la religión cristiana.

Libró una gran batalla con los tlaxcaltecas —Bernal Díaz insiste en que Cortés con 400 hombres derrotó a 50 000 del enemigo comandados por Xicoténcatl, el general en jefe tlaxcalteca— y luego persuadió al pueblo vencido para que fueran sus aliados en contra de Moctezuma y sus aztecas. Unos días después, algunos de los hombres de Cortés es-

calaron el imponente volcán apagado Popocatepetl y descendieron al cráter a sacar azufre para la pólvora de sus cañones. A continuación los conquistadores marcharon hacia Cholula —de esa espléndida ciudad de los templos y torres sólo queda una pirámide cubierta de pasto y unas cuantas ruinas amorfas— donde, por el rumor de que los cholultecas en apariencia amistosos intentaban traicionarlo, reunió a los nobles, sacerdotes y guerreros y, a una señal convenida, él y sus soldados revestidos de armaduras asesinaron a 6 000 hombres.

Una y otra vez, Cortés derribó los ídolos y los altares ensangrentados de los indígenas y en su lugar colocó imágenes de la Virgen; no obstante, mandó decir a Moctezuma que él y sus hombres sufrían “una enfermedad del corazón que se curaba con oro”. Moctezuma, con la esperanza de persuadir a los invasores de que abandonaran su país, siguió enviando embajadas con oro, sin darse cuenta de que avivaba una pasión que significó su propia destrucción.

Después del asesinato de los cholultecas, Moctezuma, ataviado con un esplendor casi indescriptible, con sus botas de suela de oro sólido, recibió a Cortés en Tenochtitlan, la actual ciudad de México. El monarca azteca anunció que ya no se opondría a la voluntad de los dioses y se convertiría en un vasallo del gran emperador representado por Cortés.

Los españoles persuadieron luego a Moctezuma para que abandonara su palacio y viviera en el cuartel de ellos; de inmediato lo tomaron prisionero. Ver a su monarca débil y afable en manos de los invasores, las afrentas que los españoles cometieron contra los templos y sus dioses y el asesinato de una gran multitud durante un festival religioso, hicieron que los aztecas se levantaran contra sus opresores. Cuando Moctezuma llamó a su pueblo a respetar a los forasteros, le lanzaron proyectiles y lo mataron. El liderazgo pasó entonces a su sobrino, el heroico Cuauhtémoc, quien expulsó de la ciudad a Cortés y a sus hombres. Después de una campaña con continuas luchas durante muchos meses, Cortés conquistó la capital. Tomó prisionero a Cuauhtémoc, el último emperador azteca, le quemó los pies en una hoguera con la esperanza de conseguir los tesoros escondidos y luego lo colgó ignominiosamente. La nación mexicana, en tiempos del presidente Díaz, erigió un gran

monumento al noble Cuauhtémoc, y el nombre de Cortés es tan odiado en la república hoy en día que incluso se desconoce el lugar donde reposan sus cenizas.

Todo el mundo conoce la historia de cómo los pueblos de México fueron pisoteados por los soldados de España. A eso le siguió la labor de los monjes españoles para convertir a los infieles al cristianismo. Se dice que un solo monje bautizó a 5 000 mexicanos en un día. En unos cuantos años, bautizaron a más de 4 000 000. El efecto de este bautismo masivo de un pueblo al que no habían instruido en los fundamentos del cristianismo, fue comentado por Alexander von Humboldt cuando escribió que la introducción de la religión cristiana en México “se tradujo para los mexicanos en sustituir los ritos de un culto sanguinario con nuevas ceremonias y símbolos [...] un dogma no reemplazó a otro, sino sólo una ceremonia a otra”, declaró. “Los he visto, adornados con cascabeles, ejecutar danzas salvajes alrededor del altar, mientras un monje franciscano elevaba la hostia”.

No tiene caso repetir aquí la historia de la dominación española sobre las indefensas masas de América. Baste saber que cada colonia, tan pronto como tuvo fuerza suficiente, se alzó contra los españoles y los expulsó, hasta que en la actualidad la bandera española no ondea en ninguna parte del hemisferio occidental.

España liquidó la antigua civilización de los mexicanos y destruyó su literatura y los monumentos, y en una horripilante oscuridad, los indígenas subyugados —tal vez una población de 30 000 000, con muchas ciudades magníficas— se hundieron bajo el gobierno de sus conquistadores. Es verdad que estaban habituados a los sacrificios humanos, el canibalismo y la esclavitud; pero al menos el gobierno era propio. Ahora los gobernaban unos extranjeros decididos a arrebatárle su riqueza al país.

A la larga, el gobierno representado por 170 virreyes y 610 capitanes generales y gobernadores españoles, prácticamente dejaron a los mexicanos fuera del gobierno. Sin embargo, en ese tiempo, más de 10 000 000 000 de dólares en oro, plata y otros metales fueron llevados a España desde las minas mexicanas. El impuesto de la corona, el quinto real, promedió unos \$ 34 000 000 anuales durante casi tres siglos, para

no hablar de la enorme riqueza mineral introducida de contrabando a España, de lo cual no hay constancia.

No es de extrañar que a un arriero español en México, que se enriqueció lo suficiente para prestarle al rey \$1 000 000, lo hicieran conde de Regla; que cuando bautizaron a su hijo “toda la comitiva caminara de su casa a la iglesia sobre lingotes de plata” y que “el conde invitara al rey de España a visitar sus territorios mexicanos, asegurándole que las pezuñas del caballo de Su Majestad sólo pisarían plata sólida desde Veracruz hasta la capital”.

Todo se sacrificó ante la feroz búsqueda de plata y oro por parte de los españoles. La industria y la agricultura cayeron en el descuido. Los mexicanos prácticamente eran siervos y, en los tribunales de la Real Audiencia establecidos por el poderoso Consejo de Indias, todos los jueces y funcionarios de los tribunales eran españoles, quienes legalmente no podían casarse ni tener tierras en las colonias. A los mexicanos les prohibieron ocupar algún cargo. El trato social con los extranjeros estaba estrictamente prohibido. Ningún mexicano se preciaba de conocer las leyes impuestas por los opresores. El pueblo no tenía parte en el gobierno, lo que simplemente era un saqueo organizado. Estaba prohibido todo intercambio comercial entre México y el resto del mundo, salvo España. Las importaciones sólo podían venir en barcos españoles. A los mexicanos no les permitían producir algo que pudiera comprarse a España, a fin de que los españoles tuvieran un total monopolio comercial. La vinicultura y la sericultura se reprimían severamente. Había pena de muerte por comerciar con países extranjeros. Los alimentos y otros productos básicos para las masas eran objeto de impuestos excesivos. Los innumerables fueros establecieron distinciones mortificantes y degradantes entre españoles e indígenas. Ni los soldados ni los eclesiásticos estaban sujetos a los tribunales civiles. Todo el mecanismo del gobierno, político, judicial y administrativo, estuvo en manos de los extranjeros durante unos 300 años e incluso los sacramentos y otros oficios religiosos, que tanto significaban para las almas de un pueblo naturalmente teocrático, arrojaron descomunales ingresos para la corona española.

A pesar de las muchas cualidades al parecer admirables en las Leyes de Indias, la verdad es que a los mexicanos los gobernaban como pueblo conquistado, y la política de hierro de España fue expresada en la última parte del siglo XVIII por uno de los virreyes españoles, el marqués de Croix, quien dijo lo siguiente en una proclama: “Deben saber los súbditos del Gran Monarca de España que nacieron para callar y obedecer y no para discutir ni opinar en los altos asuntos del gobierno”.

México estaba en paz, pero era la paz de la esclavitud. Construyeron magníficas catedrales y templos, además de grandes conventos; la Iglesia, más resplandeciente y poderosa aquí que en cualquier otra parte del mundo, se apoderó de una riqueza escandalosa. Sus propiedades alcanzaban el tamaño de los principados. Sus diezmos rendían un ingreso imperial. Sus espléndidos altares y sus tesoros desbordantes maravillaban a todos los viajeros. Quizá contaba con \$ 200 000 000 para prestar; era el supremo prestamista pues no existían los bancos. Sus escrituras e hipotecas cubrían algo así como la tercera parte de todos los bienes de México. La pavorosa Inquisición dio mayor énfasis a la verdadera fe quemando a los herejes y, aunque los aborígenes estaban virtualmente exentos de este proceso de salvación, los amedrentaban para que mostraran una sumisión aún más irracional.

Los desconcertados indígenas de México parecieron perder toda capacidad de resistencia, toda iniciativa, toda esperanza. Sin embargo, constituían la mayoría del pueblo. Se resignaron al yugo de España en una especie de desesperanza gradual. Se arrodillaban frente a los altares cristianos, pero la raíz del cristianismo no la tenían en su interior ni en su entorno. Seguían siendo paganos que hablaban de idolatría en un nuevo idioma. El poder del gobierno, la magnificencia enjoyada de la Iglesia española, aniquilaron por completo su imaginación. No tenían antecedentes, ya que los españoles habían quemado todos los anales de su historia. No parecían tener futuro, porque sus conquistadores se estaban enriqueciendo, mientras ellos ya no podían ser más pobres. No obstante, al paso de las generaciones, su número disminuyó y antes de que terminara el periodo de la dominación española, los tal vez 30 000 indígenas se redujeron a unos 6 000.

Mientras tanto la Virgen de los Remedios, la imagen sagrada que Cortés y sus conquistadores llevaron a México, tenía “tres mantos: uno bordado con perlas, otro con esmeraldas y el tercero con brillantes, y su valor estimado no era menor de tres millones de dólares”. Si esto representaba la aproximación a Dios a través de la Iglesia española, los mexicanos tenían a la Virgen de Guadalupe que se apareció a Juan Diego, el indígena pobre e iletrado, en un cerro cercano a la capital en 1531; allí, en un altar lleno de joyas, colgaba su ayate con la imagen de la virgen milagrosamente estampada, en un templo que aun Zumárraga el gran arzobispo de México, que hizo una hoguera pública con toda la literatura azteca que pudo encontrar, construyó en el cerro de Guadalupe, como reconocimiento de que el cielo se había revelado, sin intervención de un sacerdote español, incluso a un indígena mexicano que no tenía un céntimo.

Cuando Napoleón puso a su hermano en el trono de España y los españoles se sublevaron contra el nuevo monarca, en México hubo una sensación general de que la soberanía de la colonia había vuelto a su pueblo y, con la emoción de las influencias políticas que irradiaban de las revoluciones estadounidense y francesa, el pueblo mexicano proclamó una guerra de independencia en 1810. La encabezó el erudito cura Hidalgo, encorvado y de cabello blanco, quien al enterarse de que había sido descubierto el plan de levantarse contra el gobierno, tocó la campana de su parroquia por la noche, reunió a su feligresía, proclamó la independencia de su país y, con la muchedumbre patriótica, muchos armados con bieldos, inició la guerra por la libertad, marchando a la cabeza de los insurgentes con un estandarte que portaba la imagen de la Virgen de Guadalupe. Bajo el liderazgo del presidente Díaz, la nación mexicana celebró con gran pompa el centenario de ese acontecimiento.

Hidalgo capturó la ciudad de Celaya y luego la rica ciudad minera de Guanajuato, donde su ejército aumentó a 20000 hombres. Los insurgentes también tomaron Valladolid y, con artillería, dispersaron a un ejército de 3000 soldados, en el Monte de las Cruces, cerca de la capital. Pero lamentablemente el noble guerrero-sacerdote cayó derrotado en



el puente de Calderón; más tarde lo aprehendieron y ejecutaron con toda crueldad.

Sin embargo, su muerte no terminó con la lucha mexicana por la independencia. Patriotas como Vicente Guerrero, Nicolás Bravo y José María Morelos continuaron la guerra.

Morelos, el sucesor real de Hidalgo, también era sacerdote. No hubo nunca un patriota más puro ni soldado más valiente. Guió a los indígenas que carecían de entrenamiento, estaban medio famélicos y eran ignorantes, con una pericia e inteligencia que le ganaron la admiración hasta del gran Wellington. Morelos también fue capturado, lo juzgó la Inquisición y lo fusilaron en 1815 por orden de la corte marcial.

México inició su trayecto como nación independiente en 1821 cuando Agustín de Iturbide, el comandante mexicano de las tropas reales que llevaban a cabo la campaña militar contra Guerrero y sus insurgentes mexicanos, de repente se unió al enemigo y proclamó la independencia del país. Un año después, Iturbide se hizo coronar emperador mexicano en la catedral de México. Unos meses más tarde, el general Antonio López de Santa Anna, una de las figuras más sorprendentes en la historia mexicana, encabezó una revolución contra el emperador. Guerrero y Bravo también tomaron las armas en su contra. Ninguna “Alteza Serenísima” debería reinar sobre un pueblo que podía enfrentarse a las tropas veteranas de España. Se había convertido en el líder de la revolución contra España conforme a un programa que incluía las “tres garantías” —simbolizadas por el verde, blanco y rojo de la bandera mexicana—, la unión de españoles y mexicanos, el mantenimiento de la Iglesia católica romana y la independencia de México como monarquía limitada con un príncipe español. En vez de esto, instaló un imperio absurdo, encarceló a los miembros del Congreso que se opusieron a sus pretensiones ampulosas, se estableció en un magnífico palacio y fundó una orden de nobleza, para no hablar del salario de \$ 125 000 anuales que se asignó como paga.

Tres meses después de que Santa Anna empuñó su espada en Jalapa, Iturbide renunció a la corona y se fue a Europa. El Congreso lo declaró traidor y, al regresar disfrazado a su país en 1824, lo arrestaron y fue fusilado.

La suprema idea obsesiva de la nación mexicana consistía en adoptar una política y una forma lo más diferente posible del gobierno español. La sociedad que ahora estaba libre de un gobierno extranjero era una auténtica catarata de sangres, tradiciones, ambiciones y pasiones. Lo único que tenían en común era la conciencia histórica. Los líderes patriotas eran hombres valientes y leales, pero conocían poco de la ciencia de gobernar. Tampoco intentaban tomar en cuenta las características raciales o las capacidades políticas de los millones de indígenas mexicanos antes de decidirse por una forma de gobierno adecuada a sus requisitos esenciales y aptitudes.

Nunca pareció ocurrírseles que un pueblo que apenas 300 años antes era de paganos que adoraban ídolos, sin el pensamiento o deseos de tener libertad individual, gobernado por reyes y sacerdotes, y que se arrodillaban por todas partes frente a los monstruosos altares chorreando de sangre humana, no podían mantener los programas superiores de una democracia ganada a través de mil años de aspiraciones anglosajonas.

Se trataba de ser libre y llevarse por delante todo lo que tuviera un dejo de monarquía y de España. Por tanto, en 1824, el Congreso mexicano, en un gran arrebató político y sentimental, declaró que México era una república y adoptó una constitución que siguió el modelo de la carta magna de los Estados Unidos. Esta búsqueda de la salvación cívica mediante los credos políticos de los pueblos más severos y estables fue posible exactamente un año antes, gracias a la declaración histórica de los Estados Unidos hecha por el presidente Monroe en el sentido de que ni a la Santa Alianza ni a toda Europa junta se les permitiría perturbar la independencia de las naciones americanas recién nacidas.